

# Capítulo 20 - - Luces pálidas

- Capítulo 20 - - Luces pálidas

# Capítulo 20 - - Luces pálidas

Tredegar se encontraba en el jardín, ondeando su sable en el aire con destreza. Presumiblemente, estaba ganando la lucha.

Maryam la observaba desde la ventana, habiendo arrastrado una silla desde la mesa de la cocina para sentarse allí, mientras comía y esperaba el regreso de Song. Tristan, apoyado en el alféizar de la ventana, seguía la práctica con interés superficial, terminando el último trozo de pan.

“Era principalmente matemáticas y memorización de mapas estelares,” explicó Maryam. “Todavía no hemos visto ni una nave. ¿Y tú?”

El Sacromontano desgarró un pedazo del pan y lo metió en la boca de golpe, devorándolo como si tuviera hambre. Las comidas de Scholomance llenaban sus mejillas, suavizándole la apariencia de delgadez. Antes lo había visto más atractivo, pero sin duda, esto le favorecía ahora.

“La profesora Xiomara empezó enseñándonos a diseccionar cadáveres de la plaga verde,” comentó Tristan.

Su cabeza giró rápidamente en su dirección, sorprendida.

“Supongo que era para filtrar a los menos valientes,” musitó Tristan pensativo. “Empezamos con treinta y dos estudiantes, pero al meter las manos en tripas y pus, probablemente perdimos a un tercio de ellos.”

Maryam lo miró con cierta inquietud.

“Te lavaste las manos después, ¿verdad?”

Él parpadeó.

“Solo me limpié las manos,” afirmó, como si eso fuera suficiente.

Un instante pasó mientras ella le escudriñaba el rostro, que mostraba un aire algo confundido. La tensión en sus hombros se disipó.

“Casi me convences,” reconoció Maryam.

El hombre de ojos grises soltó una carcajada.

“Llevamos guantes y ropa adicional durante toda la práctica, y aún así, nos duchábamos antes de salir,” le explicó Tristan. “Eso sí, la profesora asegura que la plaga verde no es contagiosa si el cadáver tiene más de un día.”

Entre los monstruos con los que Tredegar luchaba en las profundidades y los cadáveres de la plaga, Maryam comenzaba a sentir cierta lástima por los capitanes responsables del abastecimiento en Port Allazei.

“Lo peor que la profesora Sibiya nos impuso fueron los requisitos de idiomas,” comentó. “Fluidez en Antigua y suficiente Umoya para sobrevivir.”

Maryam había estado a punto de no gustarle al profesor Malani, pero sus motivos, desafortunadamente, eran sensatos. Los exploradores del Reino de Malan habían nombrado la mayoría de los satélites y constelaciones en el profundo Océano Aeoliano, y poseían los únicos mapas confiables que atravesaban esa región hacia las tierras occidentales. Era necesario tener cierta competencia con el idioma si alguien quería navegar más allá de los Cinco Mares.

“¿Conoces Umoya?” preguntó Tristan, con algo de sorpresa en su voz.

Maryam asintió en silencio. Su padre había insistido en aprenderlo y su madre también pensaba que era una idea sensata, aunque por otras razones. Ella no era fluida y le habían dicho que su acento era bastante marcado, pero entendía el idioma con suficiencia.

“También algunos Centzón,” agregó. “Mi mentora es Izcalli.”

“Incluso Tredegar domina dos idiomas,” murmuró Tristan. “Quizá debería ampliar mis horizontes.”

Ninguno de los dos mencionó a Song, cuyo arsenal de lenguas era simplemente inigualable. Y hablando de esa diabla en particular, antes de que Tristan terminara de devorar el pan, la Tianxi entró por la puerta principal, guardando sus ropas y armas con tanta naturalidad que no necesitaba mirar lo que hacía en ese momento. Tristan se colocó junto a la Izvorica mientras sus ojos plateados los observaban. Su capitana suspiró.

“¿Por qué sigues robándole a Maryam?” preguntó Song. “Eso no es entrenamiento.”

Maryam giró para lanzarle una mirada de reproche a la ladrona, que sonrió inocentemente. Ella le devolvió la moneda de bronce que le había tomado y también dos monedas de plata. Tristan levantó una ceja, curioso.

Pensé que tener más monedas haría que fuera más difícil robarlas, dijo Maryam. Por el tintineo, quiero decir.

Necesitarías más, le informó él. Y aun así, podría sacar lo más valioso con poca ruido.

El arrogante bastardo. Tal vez ella hubiera puesto una trampa para ratones en ese bolsillo para borrar la expresión de su rostro, si no fuera porque existía la verdadera posibilidad de que olvidara que la tenía allí y se lastimara los dedos al aplastarlos. Girándose con intención lejos del hombre de ojos grises, sonrió a Song.

¿Cómo estuvo tu clase? le preguntó.

Interesante, respondió Song. Los primeros dos meses se dedicarán al estudio de la composición y doctrina de los ejércitos de las grandes potencias, antes de pasar a los aspectos estratégicos de la materia.

Eso sonaba terriblemente aburrido, pero el objetivo de Song era escalar en las filas de la Guardia hasta que ese tipo de cosas le parecieran parte de su camino.

Me alegra que lo estés disfrutando, dijo diplomáticamente. Tristan y yo ya comimos, pero no estoy tan segura con Tredegar.

Song asintió.

Entonces la llamaré y podremos sentarnos juntas antes de partir.

Fue una comida lo suficientemente breve como para que Maryam no tuviera tiempo de irritarse por la compañía, así que salieron todos de buen humor hacia Scholomance.

—

Este asunto olía mal, pensó Tristan.

La Prueba del Concurso había tenido el aroma de malas noticias desde el principio, pero en el momento en que los recibieron en la plaza exterior de Scholomance, no por un sargento aburrido sino por el profesor Tenoch Sasan, el ladrón supo que esto sería más complicado de lo que valía. Claro, estaban otros tres soldados, pero que su profesor de Saga hubiera decidido gastar la segunda mitad de su sexto día acompañándolos era una señal de advertencia. Lamentablemente, ya era demasiado tarde para retirarse.

Todavía estamos esperando a otro, les informó el profesor Sasan. No debería tardar.

Sus ojos estaban en el puente detrás de ellos, cosa que Tristan encontró interesante. Eso significaba atravesar las ruinas, con todos los peligros implicados—los lemures estaban aprendiendo a no atacar cerca del bulevar principal, pero en cualquier otro lugar aún era terreno de caza—, sin embargo, la forma en que los Izcalli lo había expresado indicaba que solo uno más se uniría a su grupo. Los cuatro estaban allí, con los capotes negros, desplazándose torpemente mientras estaban armados hasta los dientes y en plena forma de combate, hasta que apareció la silueta prometida.

Era un Tianxi, vio Tristan, y vestía esas túnicas negras sueltas que los Navegantes parecen usar como uniforme. Cabello negro largo trenzado y cicatrices de quemaduras en el lado de su rostro, que no resultaban tan interesantes como la manera en que Maryam se tensó al verla. Él se acercó.

¿Familiar? susurró.

Ella asintió y luego elevó el tono de su voz para que todos la escucharan.

Esa es la capitana Yue, dijo Maryam. Ella es la autoridad máxima de los Akelarre en Tolomontera y la encargada de la sede local.

Además, la oficial que tomó bajo su protección a su amiga de ojos azules después de que su maestra la abandonó. Solo que Maryam parecía más preocupada que feliz por eso, lo cual decía mucho. Mirando hacia arriba, la mujer estaba en su lista, aunque sus consultas con Hage solo le habían dado la información de que los Navegantes eran un grupo sumamente reservado y que debía proceder con cautela. La capitana Yue parecía de buen humor y los saludó con entusiasmo, intercambiando algunas bromas con el profesor Sasan—parecían bien conocidos—antes de ajustar su collar.

—¿Nos ponemos en marcha?—preguntó el Capitán Yue—. No es fácil mover el Lugar Vacío, pero ya lo han hecho antes.

Song aclaró la garganta.

—¿Puedo preguntar qué—

—¿En qué lugar tendrá lugar vuestra prueba?—interrumpió la otra Tianxi—. Poned en marcha vuestros pies, Tercero. Vais a ser los primeros en este año, así que despierta mi curiosidad, pero tengo otros planes esta tarde.

Song tenía esa expresión que siempre adoptaba cuando sentía que le habían dado una bofetada, pero no quería mostrarlo. Tristan, en cambio, mantenía la vista fija en el Capitán Yue y descubrió que no actuaba como un Kang; no prestaba suficiente atención a Song como para estar planeando algo contra ella.

Nada más que mala educación.

No había nada que discutir ante esa orden, así que se pusieron en marcha. Tristan, por supuesto, tenía un plan para obtener más información, basado en que nunca había conocido a un solo erudito de historia que no disfrutase profundizar en ella cuando le preguntaban. Al cruzar las puertas abiertas de la Scholomance, con un patio cubierto de vitrales que filtraban la luz, el ladrón se deslizó junto al profesor Sasan. Este, con ojos marrones, le dirigió una mirada divertida.

—Viene la Máscara, hambrienta de obtener la información privilegiada—dijo el profesor—. Se puede marcar el ritmo por la forma en que se oculta.

Ah. El hombre era un viejo amigo de Wen, así que quizás Tristan debería haber sido más cuidadoso en su acercamiento. Había quedado al descubierto en sus intenciones, pero retroceder no ayudaría en nada, así que mejor fue actuar con audacia.

—Es por el vello, señor—dijo sonriendo con entusiasmo—. Parece más ingenuo.

El profesor Sasan ahogó una carcajada que sorprendió al resto del grupo, y notó la mirada de Song clavada en su espalda, ponderando si quería convertirse en una mirada severa o no.

—Gracias por el consejo, soldado—dijo el profesor, con los labios aún retorciéndose—. Pregunta antes de que mi buen humor desaparezca.

Tristan lo observó por un momento. No le parecía probable que el Izcalli le revelara directamente en qué consistía la prueba, por lo que un enfoque indirecto daría mejores resultados.

—¿Qué tiene la Prueba del Concurso que requiera la atención personal de un profesor y el signo de mayor autoridad en la isla?—preguntó.

El hombre se ajustó las gafas.

—Ingenioso—lo elogió—. No puedo hablar por la Capitán Yue, pero mi interés radica en que esta será la segunda vez que se utilice el Lugar Vacío desde el cierre de la Scholomance. La primera fue hace más de un año, antes de que yo llegara aquí, así que esta es la primera oportunidad que tengo de verla con mis propios ojos.

La ceja de Tristan se levantó.

—¿Entonces esta Prueba del Concurso no es una invención reciente?—preguntó con insistencia.

—Ha estado en práctica casi tanto tiempo como la Guardia ha usado la Scholomance como centro de enseñanza—respondió el profesor Sasan.

Eso no era del todo tranquilizador, considerando que la Scholomance se rumoraba que había cerrado debido a la muerte de demasiados estudiantes, incluso según los estrictos estándares de los negros. Y eso le recordó que, mientras tenía a un historiador a mano...

—¿Por qué se cerró la Scholomance, en realidad?—preguntó Tristan—. La Guardia no puede poseer tantas fuentes de éter que dejen una sin usar sin una buena razón.

—No hubo una sola causa—reflexionó el profesor Sasan—, pero admito que una de ellas inclinó la balanza hacia el cierre. Somos una gente obstinada, nuestra orden, pero incluso nosotros nos resistíamos a seguir enviando niños, después de que en tres años consecutivos morirá toda la lista de alumnos.

Tristán frunció el ceño. Justo lo que había temido.

—¿Y qué cambió entonces?

El hombre se rió.

—La sangre se secó —dijo Sasan.

Tristán se liberó con la mayor rapidez posible, regresando a su cábala. Para un hombre tan jovial, Tenoch Sasan poseía uno de los sentidos del humor más sombríos que había visto en su vida.

La amistad con Wen ahora parecía más comprensible, admitió.

—

Scholomance podía ser hermosa —pensó Angharad—, como suele serlo lo más letal.

Era una belleza inquietante, pero no por ello menos conmovedora. Su compañía atravesaba pasillos destruidos, iluminados por la pálida luna, un pasaje de mosaicos desvaídos cuyos colores debieron ser en otro tiempo fascinantes, y un jardín extraño en el que cada flor y tapiz de hierba eran de mármol. La capitana Yue lideraba la marcha y trazaba símbolos en el aire con Gloam cada pocos minutos, a veces cambiando de dirección de forma extraña —descendiendo por escaleras estrechas hasta llegar a la segunda planta, o atravesando una puerta de armario para acabar en una gran sala. La curiosidad de ella debía ser evidente, porque recibía respuestas.

—Es una Secuencia —explicó Maryam en voz baja—. Didáctica.

—No estoy familiarizada con el significado —dijo Angharad—, en lo que respecta a vuestros artes, claro.

—Las Secuencias Didácticas son tanto externas como internas, y se relacionan con conceptos abstractos —recitó la izvorica—. En el Bluebell, cuando el capitán encerró al Santo dentro de muros invisibles, fue una Secuencia Didáctica, tal como la utilizaba.

La otra mujer frunció el ceño.

—Este parece hablar de conexión —dijo Maryam—. Dos cosas en una. Debe ser algún tipo de truco para encontrar caminos, como una brújula Gloam.

Angharad inclinó la cabeza en señal de agradecimiento por la explicación, recibiendo un gruñido en respuesta. No eran modales impresionantes, pero la noblewoman lo dejó pasar. No podía reprocharlo cuando todavía no había encontrado una forma de compensar su propia falta de cortesía. Tras un último giro por un salón de baile desolado, con baldosas ajedrezadas dispersas por cristales rotos de candelabros caídos, emergieron en un pequeño vestíbulo de piedra desnuda, con una puerta entreabierta.

La capitana Yue volvió a trazar su Secuencia, luego miró a través de la puerta y asintió con satisfacción antes de echar un vistazo al techo.

—¿Intentaste desviarnos con el Jardín del Basilisco? —dijo, chasqueando la lengua—. Vamos, conozco mis filtros. Tendrás que hacerlo mejor que eso.

—He notado que, al debatir con inmortales, rara vez se obtiene la última palabra —observó el profesor Sasan.

El señalizador Tianxi lo miró con una sonrisa dura.

—No existe la inmortalidad, Tenoch —replicó la capitana Yue—. Incluso el Gloam llegará a su fin.

El hombre rodó los ojos tras sus gafas.

—Si insistes en formar parte de un culto, Yue, al menos elige uno con buenos festivales —dijo—. Hay un templo en Totochtin que...

Uno de los oscuros que iban detrás aclaró la garganta ruidosamente. La profesora pareció algo avergonzada, pero no así el señalizador.

—Podemos entrar —dijo la capitana Yue—. Es la habitación correcta.

Ambos la precedieron, Angharad fue la primera en su estela. No sabía qué esperar, pero de alguna forma no era esto: la habitación era sorprendentemente mundana.

Podría haber sido una sala solar de algún señor en su hogar, con ese hermoso revestimiento de madera en paredes y suelo. Tapices geométricos colgaban a los lados, algo pesados en rojo para su gusto, pero aceptables, y las lámparas eran delicados trabajos de hierro. Solo que no había muebles y el revestimiento del suelo había sido raspado, como si objetos pesados hubieran sido arrastrados fuera de la habitación — y en el centro, emergiendo del suelo como un clavo prominente, había una puerta.

Un arco de piedra, simple, hecho con bloques grises perfectamente encajados.

Una puerta vacía que conduce a ninguna parte, pensó ella, pero luego creyó vislumbrar algo a través de ella y no era la espalda de la habitación. Era... Angharad frunció el ceño, acercándose un paso más y aguzando el oído. Casi podía escuchar una canción, por tenue que fuera. Una voz cantaba, pausada y suave, pero también había algo más. Un tono subyacente, más profundo. No provenía del otro lado.

La Pereduri tragó saliva con sequedad al darse cuenta de que el otro sonido era el Murmurador tarareando en armonía.

Una mano se posó en su hombro, sacándola de su trance.

—Tranquila ahora —dijo el profesor Sasan—. Cruzar esa puerta sin tomar las precauciones necesarias sería imprudente.

Angharad volvió a tragar al ver que había dado tres pasos más cerca de la puerta que antes recordaba.

—¿Qué hay más allá, profesor? —preguntó.

—Una pregunta compleja —respondió el Izcalli—. ¿Por sí sola? No mucho. Algo que no logró formar una capa y fue absorbido por Scholomance.

La noble inclinó los labios, lamiéndose los dedos.

—Puedo distinguir una canción —admitió—.

El ceño del profesor se levantó por encima de sus gafas.

—Eso te hace una en cien —dijo—. Yo mismo ni una y ni otra escucho. Debe haber un gran temor en ti.

Angharad se quedó rígida como un mástil ante la ofensa.

—¿Perdón? —Forzó a decir.

—Eso es lo que yace del otro lado de la puerta, Tredegar —dijo el profesor Sasan—. Miedo. Para ser precisos, un momento de terror tan breve que no pudo formar una capa, pero que aún dejó una huella en el éter.

Antes de que Angharad pudiera bajar la voz y decir que no era en absoluto una cobarde, y qué sabría un Izcalli de valor, Song aclaró su garganta y se interpuso entre ambos.

—Mencionaste que fue absorbido por Scholomance —dijo la Tianxi—. ¿Qué se ha convertido ahora?

El hombre se ajustó las gafas.

—Hay una planta llamada la butterwort, —explicó—, cuyas hojas viscosas atrapan insectos que caen sobre ellas, disolviéndolos y digeriéndolos lentamente.

El profesor Tenoch Sasan habló con calma, casi con suavidad, como si solo hablaran del clima.

—El Lugar Vacío, el sitio más allá de la puerta, es muy parecido. Sacará a relucir tus temores más profundos, te hará perderte en ellos y luego se alimentará de ti hasta que tu mente o tu cuerpo se desgarren.

Angharad tragó otra vez. Hubo un largo momento de silencio.

—Normalmente diría algo sobre que esta no sea la peor forma en que he pasado un sexto día —comentó Tristan—. Pero esto, sinceramente, podría serlo.

Angharad dirigió una mirada medio afectuosa al hombre encogido de hombros, mientras Maryam ahogaba una risa. Sin embargo, la expresión en el rostro de Song no cambió: culpa. Ella parecía arrepentirse de habernos involucrado en esto. Angharad comprendía el motivo, pero no compartía la duda. Si la Guardia no consideraba que la prueba valiera la pena, no la habrían puesto en esa pared para que Song la enfrentara.

—No esperaré que la Guardia se entregara a pequeñas torturas —dijo Angharad—. Seguramente hay algún propósito en esta prueba.

No fue el profesor quien respondió, para su sorpresa.

—Es una prueba que fortalece el alma —dijo Maryam—. Los símbolos de mi pueblo tienen una tradición similar, aunque un pequeño dios habita en tu alma en su lugar.

—Experimentar extremos emocionales fortalece el espíritu —concordó la Capitán Yue—. Sobre todo cuando sucede en un éter profundo —ya has tenido Teología, así que deberías entender por qué.

El profesor Sasan aclaró su garganta.

“También es una preparación para las condiciones del campo,” añadió. “Existen dioses y lemures que pueden infundir terror, y haber sobrevivido a una experiencia así en condiciones controladas aumenta considerablemente tus posibilidades de supervivencia.”

Pensó Angharad, sensata. La piel marcada por cicatrices era más dura con el tiempo y la curación. Tristan aclaró su garganta.

“Si cualquier emoción vale, ¿no habrá por aquí alguna puerta de la alegría que podamos tomar en su lugar?”

“Oh, esa la prohibieron cuando Scholomance estuvo abierta por última vez,” dijo el profesor Sasan con indiferencia.

Se encogió de hombros.

“Las tasas de suicidio tras ello fueron simplemente demasiado altas.”

Nadie estaba muy seguro de qué responder a eso.

--

Song fue la primera.

No habría sido correcto que ella no participara después de lo que habían escuchado. Un general lideraba desde la retaguardia, pero un capitán lideraba desde el frente y Song todavía reclamaba ser capitana de la Decimotercera Brigada. Se quedó en silencio frente a la puerta, mientras la capitana Yue caminaba lentamente a su alrededor, trazando signos en rápida sucesión — una oscuridad brillante y viscosa colgaba en el aire unos momentos antes de desvanecerse. Todo lo que Song sintió de la hechicería fue un escalofrío de frío, hasta que la otra Tianxi trazó un último signo y cerró el puño sobre un pedazo de oscuridad que parecía casi un carácter chino.

Entonces lo sintió: estaba atada.

“Has ligado mi alma,” dijo Song.

“Más exactamente, he atado una cuerda a ella para poder sacarte,” respondió la capitana Yue. “Solo estarás dentro dos minutos — si te pasas, Scholomance roerá la cuerda.”

Notó que Yue tenía acento del sur. Quizá de Sanxing, aunque no podía asegurarlo sin escucharla hablar en chino.

“¿Qué logrará en dos minutos?” preguntó.

“Será suficiente,” bufó la capitana Yue. “No parecerá un tiempo corto para ti, Ren. Y no recordarás haber cruzado el umbral.”

No, pensó ella, pero resolveré la ilusión. Eso tal vez le dé una ventaja. Miró hacia atrás y vio que el profesor Sasan había abierto un pequeño cuaderno de cuero, escribiendo notas mientras la observaba — ¿y acaso era un boceto de ella frente a la puerta? Sería impropio que mirara con ira a un maestro, pero la tentación estaba allí. Los soldados estaban cerca de la puerta, viendo con interés superficial, pero al menos su grupo mostraba cierta preocupación.

La cara de Abrascal permanecía impassible, mientras Angharad parecía apretar sus preocupaciones, sin duda para no ofender sugiriendo que Song no estaría a la altura, mientras Maryam mordía su labio. Song les hizo un gesto con la cabeza, respiró profundo y se volvió hacia la capitana Yue.

“Estoy lista,” dijo.

“Entonces, cruza el umbral,” replicó la capitana Yue.

Uno, dos, tres pasos y Song estaba-

--

Song Ren ya no era joven.

Miró sus manos, vio las arrugas en la palma y la fuerza decreciente.

No era real. Solo era una ilusión; Song Ren veía la verdad de las cosas y lo que era falso—

Durante toda su vida, Song había considerado que el mundo era una ilusión, una consecuencia inesperada de su contrato, pero, pase lo que pase con sus ojos, podía sentir la verdad en sus extremidades. Dolían mientras caminaba por el sendero, sus pasos se detenían al subir las escaleras a un lado de la colina. ¿Cuántos años habrían pasado desde la última vez que había estado allí? Décadas, quizás desde su niñez.

Las escaleras de piedra estaban desgastadas y sembradas de hojas, el sendero resbaladizo era tan peligroso que tuvo que reducir la marcha por temor a caer. Song iba sin aliento al alcanzar la cima de la colina, apenas cuarenta años y ya desgastada como un trapo. Los signos que la sostenían la habían mantenido con vida, pero incluso ellos solo podían hacer mucho en contra de la maldición.

El altar funerario estaba medio podrido, una sola vela temblando sobre él. Alguien se arrodillaba frente a él, una anciana quemando un origami de papel en un cuenco, y a través de aquel tenue destello de luz Song pudo distinguir filas de lápidas en la hierba. Dozens, dozens. Dioses, tantas. La anciana se volvió a mirarla, apretando con firmeza su bata blanca alrededor de su figura.

“Song,” dijo ella. “Por fin has vuelto a casa.”

“No te reconozco, anciana,” respondió ella, acercándose suavemente.

La risa que recibió fue cortante e insensible.

“¿Ahora soy tu anciana, jiejie?” preguntó ella.

El aire se le atragantó en la garganta a Song. Jiejie—hermana mayor.

“¿Aihan?”

“¿No puedes reconocerme en absoluto?” preguntó la anciana con amargura.

“Yixiao,” murmuró Song. “Yo- ¿cómo puede ser...”

Ella llevaba seis años más que su hermana menor, quien ahora parecía tener treinta más que Song.

“No todos podemos escondernos tras la Vigilia,” dijo Yixiao.

Se arrodilló junto a su hermana menor, apartándose con recelo del desprecio que había en aquellos ojos oscuros.

“¿Para quién estás quemando el origami?” preguntó con la lengua torpe.

Todos sus parientes estarían allí, descansando bajo la hierba. Los ren siempre eran enterrados en terrenos elevados, era tradición.

“Todos ellos,” resopló Yixiao. “¿Quién más quedará sino nosotros, Song?”

“Aihan—”

“La enfermedad se la llevó hace dos inviernos,” dijo Yixiao. “Casi no luchó contra ella, después de que murió su tercer hijo en ella.”

La mujer desgastada que era su hermana soltó un bufido.

“Ella te pidió en su lecho de muerte, en medio de la fiebre. Que le trenzaras el cabello como solías hacerlo.”

Song se pasó la lengua por los labios.

“Me escapé por ustedes dos,” suplicó. “Para que la maldición no se hundiera en ustedes como sucedió con Mamá, con las enfermedades y los abortos espontáneos. Para poder salvarnos a todos.”

“¿Estoy salva, entonces?” su hermana sonrió con escepticismo.

Song tragó saliva y no respondió.

“¿Qué has hecho en todos estos años, Song?” desafió Yixiao.

“Me convertí en comandante de la Vigilia, los regulares,” respondió Song. “Lidero casi mil hombres.”

En una guarnición en una isla donde la mayor amenaza eran las focas gordas que aullaban en la playa. Un depósito de suministros glorificado donde los empleos sin futuro se enviaban a pudrirse. Song había pasado a los regulares después de que su cábala no lograra dejar huella, pero su nombre pendía como una soga alrededor de su cuello. Se había quedado paralizada, y cuando la maldición empezó a minarla la juzgaron demasiado comprometida para puestos en combate—su ascenso tardío a comandante era solo una dádiva, un acto de lástima.

“Entonces, ¿has conseguido grandes glorias?” preguntó Yixiao. “¿Tus acciones honorables han redimido el nombre de nuestra familia?”

La miró fija en la hierba crecida, avergonzada.

“No,” se esforzó en decir.

“Nos abandonaste,” su hermana dijo con dureza, “y todo fue en vano. ¿Sabías que Nianzu se culpó a sí mismo por haberte alejado? Se emborrachó hasta morir. El dolor mató a Mamá.”

Song tembló.

“Haoran finalmente apareció después de diez años: flotando con el cuello partido en un canal Jigong, con la garganta cortada. Supongo que así terminó con el padre. Aguantó una década más, vio a Aihan y a mí casarnos, pero ya no tenía nada por qué vivir.”

Una pausa, un retorcimiento cruel de los labios.

“Él murió en sueños.”

“No lo sabía,” susurró Song.

“¿Querías que ocurriera?” preguntó Yixiao. “¿Miraste siquiera atrás, después de huir hacia la Guardia?”

“Pensé que podía romper la maldición,” dijo ella.

Su hermana gruñó, barriendo el cuenco del altar y haciéndolo estallar al levantarse.

“Pensaste que podías salvarte, egoísta perra,” gritó Yixiao con rabia. “La arrogancia de creerte salvadora por un simple pacto. Mira con tus ojos plateados, Song, mira a lo lejos y dime qué ves.”

Ella no se atrevió a desobedecer. Luces al norte, los Luminaries restantes bañando las repúblicas en luz. Solo en las ciudades prósperas había un hueco en el mundo, una mancha oscura – Jigong, o lo que una vez fue. Ahora, tierra de fantasmas y perros salvajes, un páramo roto y vacío.

Un cementerio de quinientas mil almas, todas ellas muriendo maldiciendo el nombre de Ren.

“Fracasaste,” dijo su hermana. “Nos fallaste a nosotras, a ellos, a cada alma que alguna vez estuvo en el Círculo y la que estará alguna vez.”

Yixiao sacó un cuchillo de sus mangas pálidas, pero la hoja contra su propia garganta.

“No,” suplicó Song, pero sus extremidades pesaban como plomo y le dolían.

“Si hubieras sido mejor, habrías puesto fin a esto,” dijo su hermana. “Pero ni siquiera puedes evitar que...”

Algo tiraba de Song, pero ella luchaba contra ello. No podía abandonar a su hermana otra vez, tenía que -

--

La capitana Yue gruñó mientras apretaba su Lema, jalando el aire con fuerza, y Song tropezó al salir tambaleándose de la puerta vacía en la que había desaparecido. Cayó de rodillas, temblando, y Tristan sintió que su sangre helaba al encontrarse con los ojos muertos y bordeados de rojo de los Tianxi.

“¡Dioses!” lloró Song. “¡Oh, Dioses!”

Volvió a temblar, luego vomitó con fuerza en el suelo. Tredegar y Maryam la ayudaron a levantarse, dejando a la ladrona a merced de la mirada tacaña y la ceja levantada de la capitana Yue. Él ya se arrepentía de haberse ofrecido como voluntario para ser el segundo.

“Vamos,” dijo la Navegante, levantando la mano. “No hay tiempo que perder, Abrascal.”

Tristan tragó saliva y dio un paso adelante para permitir que ella lo cubriera con Sus Signos antes de aventurarse por el arco.

--

Clic, chasquido, estallido: rojo rociado sobre piedra, húmedo y de color cobre.

La caída más lejana se detuvo a apenas un pie de donde él se escondía, aferrándose a sus rodillas y mordiéndose la lengua. El cadáver de su padre permaneció erguido un latido de corazón antes de caer lentamente, inevitablemente. Quedaba un vestigio de carne donde antes había habido un rostro, pero Tristan no pudo confundir el cabello, ni la barba. Sus ojos se llenaron de lágrimas, sus extremidades temblaban. Debería haber sido tristeza, pero en su lugar, lo único que podía pensar era esto: cuando recogieran el cuerpo, ¿mirarían debajo de la mesa?

“Mejor suerte en la próxima vuelta, Abrascal,” dijo Cozme Aflor.

Una mofa de mujer.

“Mejor que reces por nuestra suerte, si es que alguien debe hacerlo,” dijo el doctor Ceret. “Fue uno de nuestros sujetos más estables; su deterioro es una noticia terrible.”

“Aún te quedan tres vivos,” encogió de hombros Cozme.

“Tres son muy pocos,” dijo el médico. “Necesito más sujetos, y no vagabundos arrebatados de la calle. Contratados—”

“No crecen en los árboles, Lauriana,” respondió un hombre suavemente.

Suave, siempre suave. Como humo, delicado hasta que te ahogas en él.

—Estoy seguro de que el señor Lorent puede pagar tus honorarios, Ceferin — desestimó el doctor —. La Casa Cerdan tal vez no sea tan rica como los Seis, pero pueden llenar tus bolsillos con abundancia.

—El oro es dulce — aceptó Ceferin —, pero no tanto como para hacer que olvide temer por el plomo. Comenzamos a atraer atención, doctor. Los contratistas desesperados mueren con facilidad, pero no tan a menudo ni tan rápido.

—Estamos cerca de un avance — insistió el doctor Ceret —. Los primeros sujetos murieron en semanas, pero este lote duró meses. Nuestro benefactor cree que el contrato que nos otorga puede—

Cozme Aflor metió su pistola en el cinturón y se acercó al escritorio, agachándose para agarrar la solapa salpicada del padre y levantar el cadáver. Tenía la espalda vuelta hacia Tristan, pero el muchacho se quedó inmóvil de miedo, sabiendo que cualquier mínimo movimiento o ruido sería suficiente para— ni siquiera hizo nada. Esa era la parte más injusta.

Cozme simplemente giró al mover el cuerpo, y allí estaba el muchacho claramente a la vista.

—Maldita sea — dijo el hombre con bigote, y alcanzó su cuchillo.

Tristan salió corriendo, escapando entre las manos de Cozme. Entre el doctor de cabello oscuro y el hombre de ojos desparejados, huyó, con el corazón latiendo con tanta fuerza que parecía explotar. Gritos detrás de él, gritos delante. Sombras que se retorcían y revolvían, barriles goteando sangre— sosteniendo extremidades como si fueran manzanas de un verdulero. Ojos sin vida y cadáveres temblorosos, pero él corría hacia la escotilla por la que habían entrado y resbaló, rojo bajo sus pies y rojo en sus rodillas, mientras sus pantalones se rasgaban.

Cozme Aflor lo tomó por el cuello.

Luchó, gritó, mordió, pero todo lo que consiguió fue que Ceferin lo golpeará en la cara hasta que se detuvo. El doctor sostuvo su barbilla, lo examinó y sonrió con dientes amarillos.

—Contratado — dijo Lauriana Ceret felizmente —. Átale.

¿Contratado? No, no lo había conocido—

—Y Fortuna gritaba, lanzando puñetazos a Cozme y Ceferin mientras lo arrastraban hacia la mesa. Pero no podía tocarlos, no podía hacerles daño, y aunque Tristan luchaba, fue golpeado en la cara hasta quedar aturdido, para que pudieran fijar sus extremidades a las correas. Lauriana Ceret estaba de pie sobre él, con una máscara de cirujano en la cabeza: como un capucho de cuero de verdugo con cristal verde para los ojos. La hoja plateada en su mano descansaba sobre su abdomen.

—Veamos qué hay en su interior — dijo la doctora Ceret con una sonrisa en la voz.

Y ella cortó, y cortó, y él gritó. Horas, días, meses, hasta que sus extremidades ya no le pertenecían— cosidas, retorciéndose y doliendo— y su boca sin lengua expulsaba aire bajo su ojo destrozado. Hasta que sintió la mano descansando en su rostro y levantó la vista para ver rizos dorados sobre un charco de sangre.

—Lo siento — susurró Fortuna —. Es demasiado, no puedo...

Y en algún lugar dentro de él, en un rincón que ni siquiera las cuchillas plateadas lograron alcanzar, Tristan Abrascal sintió cómo se apagaba una calidez. Una chimenea vacía.

Ella lo había dejado atrás.

—

Cuando Tristan Abrascal fue sacado del Lugar Vacío, no vomitó ni tembló ni cayó de rodillas. Sus ojos permanecieron secos, y sus manos, firmes.

Salió del cuarto sin volver, sin mirar atrás.

—Uno de ustedes que lo siga — ordenó el profesor Sasan a los soldados —. No queremos que...

Simuló un pistolazo apuntando a la cabeza de alguien, lo que hizo que Angharad apretara los dientes. Dejó a Song con Maryam, acercándose al impaciente Capitán Yue— cuyos ojos se desviaban constantemente hacia la mujer pálida. Ella vino aquí para ver cómo le iría a Maryam, fue lo único que le importaba — comprendió Angharad.

Esa thought no le brindaba consuelo, pues el signo le advertía antes de enviarla por la puerta.

--

¿Cuánto tiempo llevaba haciendo esto?

Parar, girar, barir la pierna — el hombre tropezó y la espada de Angharad atravesó su garganta hasta encontrar el hueso. Ella agarró su cuchilla, que manchó el piso con su sangre, y avanzó un paso. Angharad podía verlo esperando al final del pasillo, el hombre corpulento con ojos como hielo. Aquel que poseía a los demás, quien apretó el gatillo que acabó con la vida de su madre.

Solo faltaba que diera cien pasos, un azulejo tras otro, y lo tendría.

Solo otro maestro de la espada salió, tinta negra sobre piel oscura, y su espada era afilada: Angharad luchaba.

Primero luchó con honor. Con limpieza, saludos, reglas y duelos. Pero eso solo la hacía avanzar unos pocos pasos, tan lenta, y en lo profundo de sus huesos sabía que si esperaba demasiado, el hombre se iría.

Así que quebrantó las reglas, aunque fuera solo un poco.

Miró hacia adelante con la visión del Pescador, tomó vidas sin pensar en bondad o justicia. Solo que siempre había otro maestro de la espada, otro cuerpo en su camino, y solo con mirar no era suficiente. Así que lo dejó entrar un poco más. No podía confiar en el antiguo espíritu, pero ambos querían llegar al final del pasillo, para vengar con sangre a quienes tenían la culpa de todo.

Angharad luchaba, mataba y cedía pedazo tras pedazo de sí misma, el Pescador convirtiendo su sangre en agua de mar y sus dientes en coral. Pero por cada hombre que mataba surgían tres más, rostros vacíos sin fin que portaban espadas. Ella gritaba y se lanzaba sobre ellos, pero incluso ahora que el rugido de las mareas resonaba en sus oídos, cada paso que daba más cerca del final del pasillo parecía solo pasajero — cada avance terminaba en retroceso. Siempre.

Y aunque sus heridas sangraban mar y sus huesos se convertían en piedra, y el Pescador usaba su furia entrelazada, ella veía cómo terminaría: Angharad estaba a punto de perder.

Siempre había sido imposible para ella, completamente inútil desde el principio.

No había nada glorioso en la pelea, nada romántico. Sus sacrificios apenas pesaban en la balanza como una pluma: se había convertido en bestia y aún así no lograba dar un solo paso más. Sus espadas encontraban presa una tras otra, asesinos incansables que la perseguían como un león, y Angharad cayó de rodillas. En ese momento, las escuchó entre el rugido del mar. Las súplicas.

"Un poco más," suplicó el Tío Arwel. "Solo un poco más. Vendrá por mí, lo sé, ella—"

Sus primos pequeños, llorando y prometiendo que ella estaría a punto de llegar, que los salvaría si sus verdugos solo esperaban un poco más. Solo que Angharad estaba de rodillas, sangrando y rota. Intentó levantarse, pero sus extremidades eran solo jirones. Un hombre se puso delante de ella, protegiéndola.

"Somos de la Guardia," escupió el Tío Osian, "tú no—"

La espada salió disparada de su espalda y Angharad gritó, con tanta fuerza que ahogó el grito de dolor de su tío. Luchó y forcejeó, pero no quedaba nada por mover. Lo había dado todo y había fracasado.

Al final, no fue ella quien fue a él. Él vino hacia ella, dejando su extremo del pasillo mientras las sombras se apartaban como cortinas. El hombre alto, corpulento, de ojos como hielo. Lentamente

levantó su pistola, que se posó en su frente, observándola con frialdad.

“Fue la decisión equivocada, Lady Maraire,” le reprendió. “Todas las decisiones equivocadas.”

El dedo apretó el gatillo y Angharad Tredegar no supo nada más.

--

Tredegar sangraba por los ojos cuando logró salir tambaleándose. El Capitán Yue pareció interesado por un instante, antes de dejarla en manos del Profesor Sasan, quien mostraba una evidente ansia por dibujar a la noblewoman pálida que se dejaba guiar como una niña.

Maryam tragó saliva, buscando los ojos de Yue.

“Ven, Maryam,” sonrió el capitán. “He estado pensando en esta persona todo el día.”

--

“Los caminos brutales,” sonrió Tredegar, “conducen a finales salvajes.”

“Eso no habría llegado a esto si hubieras hecho un esfuerzo,” dijo Song.

Tristán apartó la vista.

“Demasiado problema,” respondió simplemente.

Los soldados que la escoltaron a bordo del barco dijeron que simplemente fue expulsada, pero Maryam supo que no era así incluso antes de que el culatín del mosquete la golpeará por la espalda. Se esforzó, arañó y gritó a sus atacantes, pero los guardianes la noquearon y la metieron en la bodega con las demás. Era la misma de la que había visto de niña: hombres heridos, enojados, esposados a anillas fijadas en el suelo y la pared. Un foso abarrotado y sudoroso donde los hombres se convertían en mercancía.

Estaba a punto de morir de hambre y de locura cuando logró salir. ¿Cuánto tiempo había estado allí abajo en la oscuridad, sin poder rastrear una Señal que pudiera salvarla? Maryam no tendría que ser esclava si pudiera demostrar que podía aprender, que no había algo errado en su médula, que se deslizaba por sus venas. Que no nació para estar encadenada.

El Capitán Totec la esperaba en la orilla, incluso mientras otros eran enviados a campos y minas para morir en trabajos forzados como todos los que compraban y vendían. El hombre de cabello blanco y ojos suaves parecía apenado, cuando colocaba los grilletes en sus muñecas. Puso el collar en su cuello.

“Es mi culpa,” dijo. “Te superestimé, Maryam. Pensé que tu bloqueo era temporal y que lo superarías. Lamento haber esperado demasiado.”

La ternura era mucho peor que un látigo.

“Todavía puedo aprender,” suplicó. “Busqué ayuda, Capitán Yue—”

“Te encontré inútil,” le dijo Totec. “Fue ella quien decidió enviarte aquí.”

Eso debería haber dolido, debía haber quemado, y por un instante así fue, pero luego Maryam se sintió vacía. Vacía. El rostro de Totec se frunció.

“No te preocupes, no permanecerás en nuestras manos,” dijo. “Te venderemos a los Malani y—”

Maryam parpadeó. Esto... no, esto no podía ser.

“La Guardia no practica la esclavitud,” dijo lentamente. “Y el Capitán Totec odia a los traficantes. Esto no se parece en nada a él.”

A través del vacío que había en su interior, pudo escuchar una voz susurrando, sibilante y sutil. Es solo una fachada, pensó, pensaron que eras útil, solo esperan a que pruebes que eres inútil para—

“Eso fue antes—” empezó la falsa voz, pero ella la golpeó.

Sus manos atravesaron el humo, deshaciendo al espectro por un instante antes de que volviera a colocarse en la forma de Capitán Totec. Su rostro estaba en blanco.

“¿Dun?” preguntó.

Una oleada de miedo puro y absoluto la derribó. Retrocedió tambaleándose, con las extremidades temblando, y luego su alma se vació una vez más. No fue instantáneo, como pensó al principio. Fue como si hubiera un agujero en algún lugar de ella, y el terror saliera a través de él.

—No, reluciente—dijo—. Pero sin valor.

—

La espalda de Maryam golpeó el suelo, que aún tenía un tenue olor a vómito, y le dejó sin aliento. Lo primero que vio sobre ella fue la expresión fascinada del Capitán Yue.

—¿Se ha terminado?—preguntó.

—Probablemente—respondió el navegante mayor.

Maryam frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con “probablemente”?—preguntó.

—Que solo estuviste allí adentro durante trece segundos—dijo el Capitán Yue—. No te traje de vuelta, Maryam.

El Tianxi sonrió con orgullo.

—Scholomance te escupió.